

EN TEORÍA

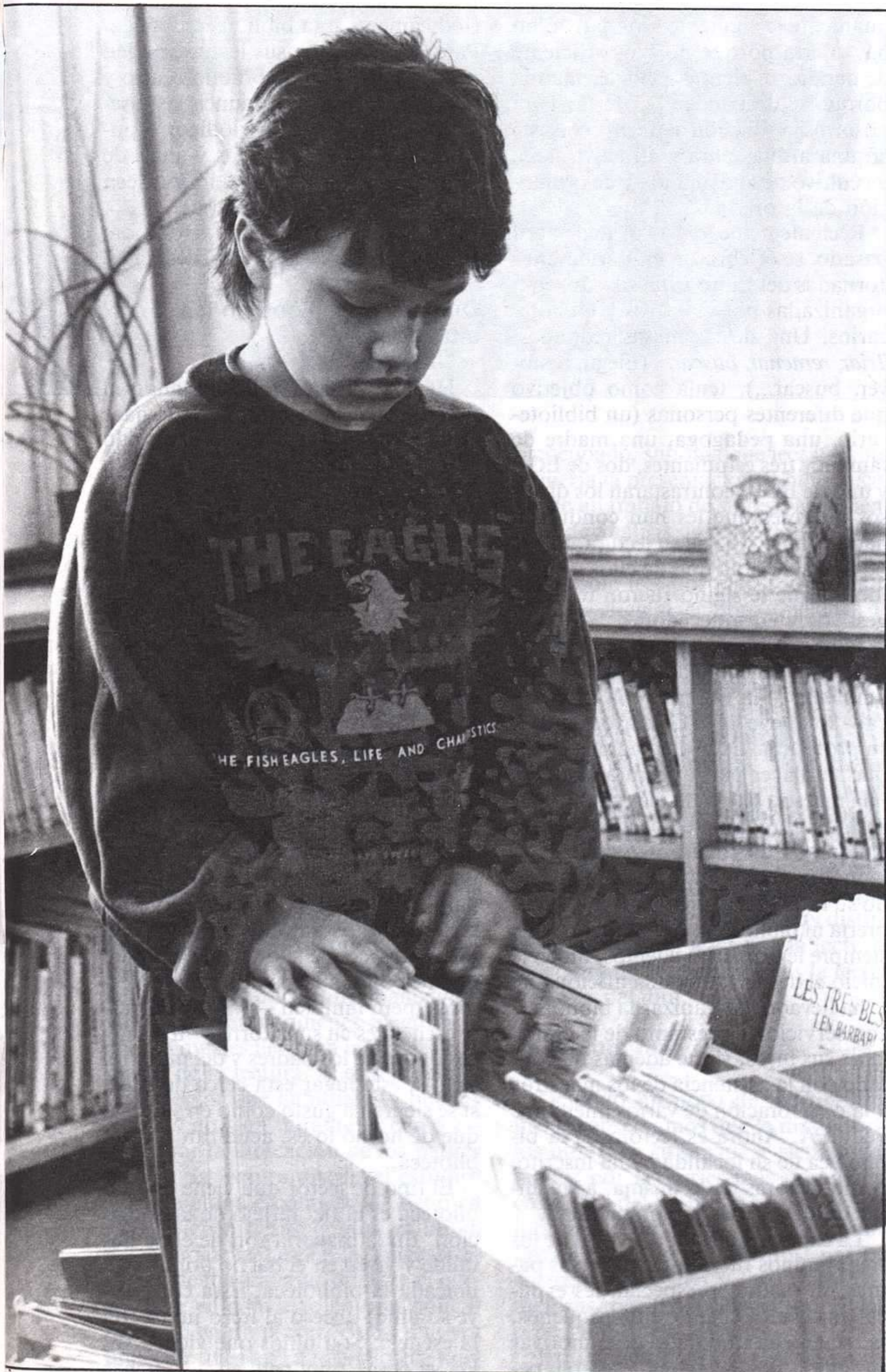
La oferta y la demanda

por Montse Comajuncosas y Pep Molist*



TERESA PEYRÍ

A la asignatura siempre pendiente e inconclusa, referida al hábito lector de los niños, los autores proponen en el siguiente artículo, y en base a su experiencia como bibliotecarios, dos líneas de actuación a seguir: cultivar la demanda y promocionar la oferta. Indudablemente esta es una labor que atañe en especial a padres y educadores, y en la que todos, incluidos autores, críticos y editores, estamos involucrados.



TERESA PEYRÍ

Los niños leen, aunque no siempre en la calidad y diversidad que nosotros deseamos ni en la cantidad que ellos quisieran. Y esta es una opinión de unos bibliotecarios que trabajamos en una mediana capital de comarca de una zona rural no demasiado industrializada.

Nuestra experiencia como promotores, orientadores y divulgadores de la lectura, y aceptando y respetando la entera libertad del lector en la elección del libro, nos lleva a unas consideraciones que creemos necesarias exponer antes de dar nuestra visión sobre las preferencias que llevan al niño a elegir el libro que van a leer.

La lectura, por su calidad, cantidad y diversidad, como cualquier otro producto está muy condicionada por la ley de la oferta y la demanda.

¿Con qué oferta de lectura cuentan niños y adolescentes?

Un amplio y variado abanico de producción editorial. No es nuestra intención hacer ahora un análisis de las editoriales, por cuanto las hay muy exigentes en la presentación y contenido de sus publicaciones, con cuidado lenguaje y magníficas ilustraciones, que siguen un criterio selectivo en la calidad de las traducciones y adaptaciones y que tienen conocimiento de la idiosincrasia del público a quien van dirigidas. Y, muy a menudo, van apareciendo colecciones nuevas con la intención de estimular al lector según su edad, preferencias, etc.

Una pobre difusión de esa producción editorial. Hay muy poco interés por la crítica de la literatura infantil y juvenil. Salvo honrosas y contadas excepciones, la prensa diaria no le presta atención, la televisión parece ignorarla y se pueden contar con los dedos de una sola mano las publicaciones periódicas con comentarios, críticas y análisis de la creación literaria dirigida al lector infantil o juvenil.

Las librerías están situadas mayo-

ritariamente en las grandes ciudades y por lo general el niño no tiene acceso a las mismas dada la escasa capacidad adquisitiva de éstas. Tampoco a nadie se le ocurre pensar que un niño pueda tener interés en entrar solo para curiosear con libertad en una librería. En cambio, tiene más próxima la papelería/librería del barrio donde acude, casi cotidianamente, a comprar sus lápices, carpetas, cuadernos... o el quiosco, donde compra las pipas y los cromos, y en los que la mayoría de las veces los cuentos no están a la vista o son ediciones que dejan mucho que desear.

La biblioteca escolar. Se ha escrito, hablado y discutido hasta la saciedad sobre las dificultades económicas y técnicas que tienen los maestros para organizar la biblioteca escolar y de clase. Nosotros, que trabajamos en una biblioteca pública, consideramos éste un tema de estudio y discusión en una larga y extensa ponencia en Jornadas de Educación, caso que ahora no nos ocupa.

Una deficiente planificación bibliotecaria debida, entre otros muchos aspectos, a una política bibliotecaria poco definida que origina que la oferta de servicios especializados de bibliotecas infantiles y juveniles sea muy escasa. Por otra parte, la población en general considera la biblioteca pública como biblioteca escolar, o sea, el lugar donde los niños acuden para hacer sus deberes escolares porque hay un bibliotecario que les obligará a guardar silencio. La profesión de bibliotecario conlleva la exigencia de promocionar, divulgar y estimular la lectura y, a la vez, intentar lograr de la Administración todos los medios necesarios para cumplir estos objetivos. El silencio, en este caso, no forma parte de nuestro oficio.

Condicionamientos de la demanda

Nuestra opinión, como bibliotecarios, consiste en plantearnos conti-

nuamente la siguiente alternativa: no hay oferta porque no hay suficiente demanda, o bien, no hay demanda porque se desconoce la oferta. Para nosotros la solución al dilema consiste en una ardua, dura y atractiva tarea de cultivo de la demanda y de promoción de la oferta.

Recientemente, del 14 al 16 de abril pasado, se celebraron en Lérida unas Jornadas del Libro Infantil y Juvenil, organizadas por maestros y bibliotecarios. Una de las mesas redondas, *Triar, remenar, buscar...* (Elegir, remover, buscar...), tenía como objetivo que diferentes personas (un bibliotecario, una pedagoga, una madre de familia y tres estudiantes, dos de EGB y uno de BUP) contrastaran los diversos intereses que les han conducido hacia el libro y hacia su lectura. La exposición de cada uno de ellos y el coloquio que le siguió fueron muy sugestivos y enriquecedores.

Para el bibliotecario, que había vivido en una pequeña ciudad, fue el ambiente —la librería y la biblioteca— lo que le llevó de mayor a elegir su profesión. La pedagoga nos contó que su placer por la lectura nació de una maestra que cada día, una vez terminado el repaso de la clase de latín, le contaba un cuento maravilloso. A la madre de familia, que había pasado su infancia en un pueblecito sin librería ni biblioteca, fue su madre, que siempre le explicaba cuentos, quien le inició el despertar de una afición que le ha llevado a organizar la biblioteca con servicio de préstamo de la escuela de sus hijos, y que además ha contado con la asistencia de los maestros y la colaboración de varios miembros del APA. Ahora es lectora de la biblioteca de su localidad y ha inscrito, como lectoras de la misma, a sus hijas desde su más temprana edad.

La exposición clara y escueta de los tres alumnos fue coincidente. Sus padres, su madre en especial, les explicaban cuentos cuando eran pequeños, la escuela ha trabajado para motivar su interés por la lectura y asisten pe-

riódicamente a la biblioteca pública. Para orientarse en sus lecturas piden consejo al maestro, al bibliotecario y a los amigos; no leen nunca las reseñas literarias de los periódicos o publicaciones especializadas y antes de elegir su lectura hojean el libro y leen el comentario de las solapas.

La conclusión es clara y rotunda: cuando hay motivación, hay demanda.

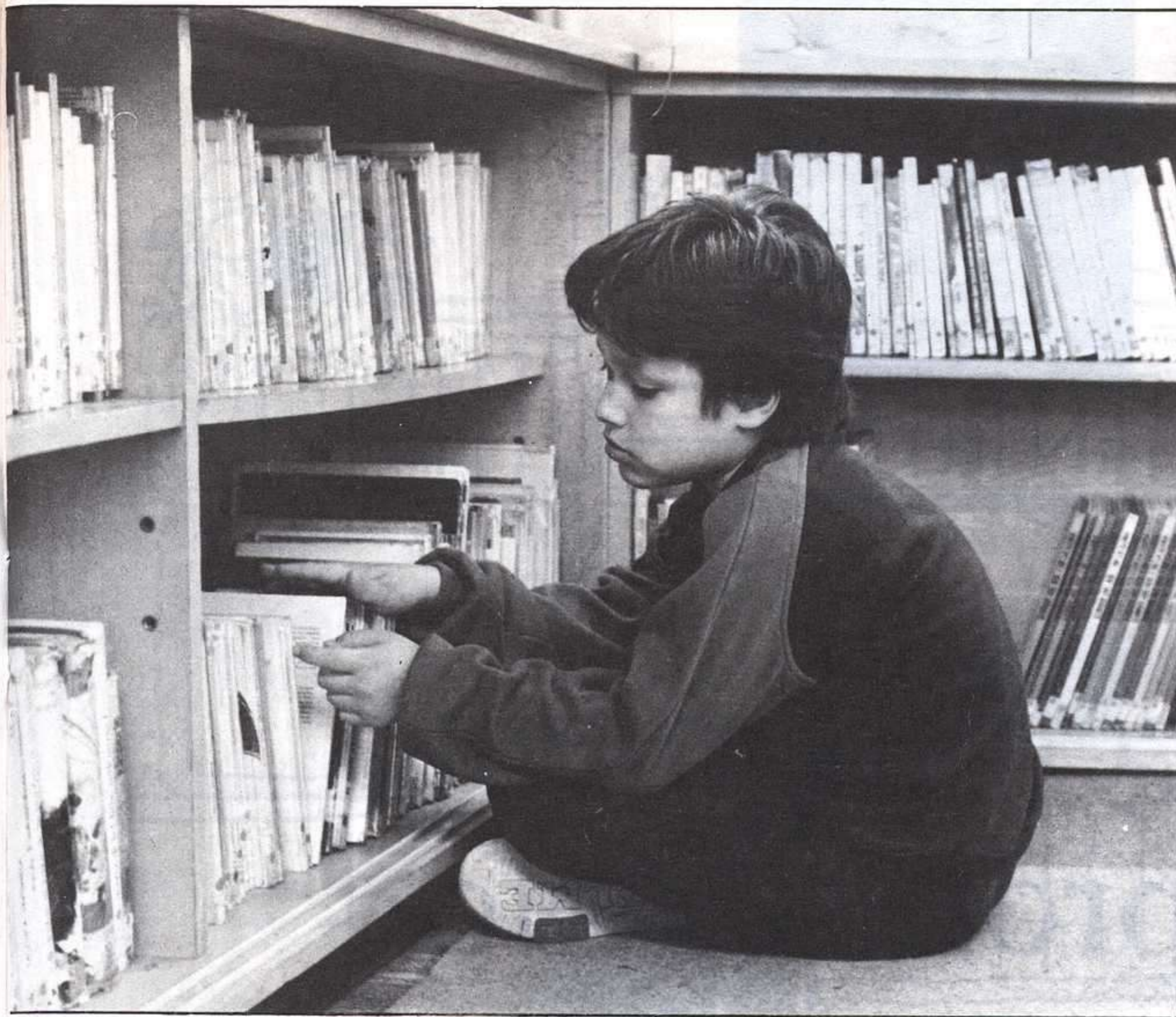
Qué leen los niños en las bibliotecas

Hemos observado que cuando el niño tiene que elegir un libro, lo hace respecto a la influencia que el mundo que le rodea tiene sobre él, e incluso llega a adoptar criterios a veces inconscientes y bastante manipulados.

También hemos visto que no goza de un abanico muy grande de posibilidades donde acudir a la búsqueda de la lectura y, con ella, de la aventura. Uno de esos lugares es la biblioteca, un espacio donde el niño se puede mover tranquilamente, donde encuentra la idea justa en el momento adecuado, donde se reúne con sus gustos e intereses, donde la curiosidad halla satisfacción hasta el punto, a veces, de pillarse los dedos.

Si nuestro propósito es que los niños lean, es lógico ofrecerles el medio para llevar a cabo ese ejercicio. Dotarles de unos amplios espacios con diferentes concepciones del mundo, que respondan a sus necesidades lectoras, pero también —y por otra parte esenciales en su entorno— a las necesidades de los padres y del maestro. Sólo si este lugar está cerca de ellos, si se sienten a gusto como en su casa, que de hecho lo es, acudirán a la biblioteca.

El tipo de lector que viene a la biblioteca es el fiel reflejo de la población. En la mayoría son de clase humilde y viven en el barrio donde está ubicada la biblioteca. Ésta constituye su único acceso al libro junto con la escuela. Son niños que vienen solos ya desde muy pequeños, muchas



TERESA EPYRI

veces buscando a alguien que se interese por ellos, son los menos influenciados por la familia o la televisión, pero fieles al compañero de juego. Otros niños que acuden a la biblioteca son de clase media acomodada, y están más agobiados por los deberes, por las actividades extraescolares y por la lectura obligada.

La influencia del ambiente la detectamos, en un principio, en la familia. De pequeños vienen acompañados por los padres o por los abuelos, preocupados éstos y aquéllos en encontrar libros que ayuden a reconocer las letras, en los que puedan practicar la lectura, o bien que les enseñen las cosas de cada día (por ejemplo, series de *Teo* y de *Ibai*); que les enseñen a ser limpios, ordenados y obedientes (los cuentos de *Los Pitufos*). Otros vienen acompañados por los hermanos mayores que serán quienes elegirán el cuento que les llevará a iniciarse en el placer de la lectura. Y es triste tener que aceptar que habituales y buenos lectores no leen durante el curso escolar por la indicación de los padres de que ¡la lectura distrae el estudio!

En la etapa escolar, ya de lleno en EGB, vienen desesperados en busca del «libro de lectura» que obligatoriamente deben trabajar durante el curso. Leer se convierte en una obligación, no en un placer. Hubo una vez un lector que llegó a la biblioteca muy

preocupado, suponía que leer un libro requería la presentación al bibliotecario de un trabajo de síntesis argumental y de análisis de texto. Respiró aliviado al decirle que la biblioteca exigía sólo leer por placer y, por tanto, que eligiera el libro que más le gustara.

Las series de televisión: aquello que se emite, aquello que se pide para leer. Por lo general descubren que la lectura es más rica en contenido, expresiones y descripciones. Pero la influencia es verdaderamente nefasta. Las editoriales que publican el cuento como si de visualizarlo se tratara, parecen ignorar que el libro y la televisión, dos medios de difusión riquísimos, tienen una manera muy distinta de difundir el goce por la lectura: la lectura de la imagen no es la lectura de la palabra.

La lectura más atractiva

Dejando un poco de lado el ambiente, observamos que la mayoría de los niños, en su inicio, se sienten llamados por las series más populares, como las del astuto Astérix, las del inocente Tintín, las del tranquilo Lucky Luke, por los Pitufos, por las colecciones de Teo y las de las Tres mellizas, por los Hollister, por Puck o por los viajes de Noel.

Pero a medida que se interesan, se

sumergen y empiezan a remover, a poner y a sacar libros de las estanterías, a curiosear y a fisgar, a hacer amigos y a descubrir nuevos horizontes... cada cual dirige su mirada hacia un libro determinado, el sabor del cual alimenta mejor su personalidad.

Así, por ejemplo, hay obras que sin saber el porqué se han hecho con un público habitual, corren de mano en mano y de mente en mente, como por ejemplo *¡Devolvedme mis piojos!*, de Pef; las cartas entre amigos de C. Nöstlinger; las obras de Gloria Fuertes y de Consuelo Armijo o de Mercè Company; *Encara queden fantasmes*, de O.F. Lang; *Charlie y la fábrica de chocolate*, de R. Dahl; *Veva*, de C. Kurtz; clásicos como *El mago de Oz* o *El Hobbit*, y otros, como los libros de Mary Rodgers, R. Dahl, M. Ende, J. Carbó; las historias policiacas de W. Ecke; *Anastasia Krupnick*, de L. Lowry, y las divertidas historias de Maite Carranza, leídas constantemente debido quizás a su visita a nuestra biblioteca.

Son sólo ejemplos de libros que acuden a nuestra mente en este momento, sin ansia alguna de marcar una elección concreta. Sabemos que cada niño es un mundo distinto, que existe a quien le gusta el libro poco atractivo escondido entre tantos otros, y el que es amante de las obras románticas y melancólicas...

Cada cual escoge como si de la biblioteca de unos grandes almacenes se tratara, con trajes de todo tipo y de toda medida, donde el cliente elige libremente y busca el que mejor se acopla a sus gustos y que sabe que se lo puede probar incluso en casa, delante de un espejo, sentado en un sofá, bajo el sol amigo, y que si no le conviene, a otro le sentará bien.

Se trata de productos para todos los gustos, para todas las edades y capacidades, para elegir y remover.■

*Montse Comajuncosas y Pep Molist son responsables de la Biblioteca Margarida de Montserrat de Balaguer (Lérida).